

WILLIAM SAROYAN

Chiquillos



En este volumen el autor explora el mundo de la infancia. Son diecisiete relatos y otras tantas anécdotas de la vida en el Valle de San Joaquín, en California.

Allí se cultivan las uvas que luego se venderán en todo Estados Unidos. California es un crisol de razas donde también los armenios han encontrado un hogar lejos de la Patria perdida.

A aquel mundo y aquella época.

EL ZEPELÍN

Luke me llevaba cogido de la mano, y yo llevaba de la mano a Margarita. Cada uno de nosotros traía un cupro para echar en la bandeja, y Luke me dijo:

—No te olvides de echarlo, Mark; no vayas a guardártelo para un helado, como la otra vez.

—También te lo guardaste tú —le contesté.

El último día Luke no había echado su cupro y yo lo vi.

Yo me compré un cucurucho de helado por la tarde, cuando hacía tanto calor. Luke me vió comer el helado bajo los naranjos de la Escuela Emerson.

Luke hizo igual que Hawkshaw, el detective.

—¡Vaya, vaya! —dije—. ¿De dónde has sacado el dinero, Mark?

—Ya lo sabes —contesté.

—No —dijo—. ¿De dónde? Dímelo.

—De la Escuela Dominical —dije—. No eché el cupro en la bandeja.

—Esto es un pecado —dijo Luke.

—Ya lo sé —dije—. Pero tú tampoco lo echaste.

—Yo sí —afirmó Luke.

—No es verdad —dije—. Vi cómo pasabas ante la bandeja sin echar nada.

—Es que estoy ahorrando —dijo Luke.

—¿Para qué? —le pregunté.

—Para comprar un zepelín —dijo Luke.

—¿Cuánto vale un zepelín?

—Anuncian uno en *El Mundo infantil* que cuesta un dólar. Lo mandan de Chicago.

—¿Y es de verdad un zepelín? —pregunté.

—Cabén dos personas —dijo Luke—. Yo y Ernesto.

Engullí el último resto del helado.

—¿Y yo? —pregunté.

—Tú no puedes subir —dijo Luke—. Eres muy chico, casi un crío. Ernesto West tiene los mismos años que yo.

—No soy un crío —dije—; tengo ocho años y tú no tienes más que diez. Déjame subir al zepelín contigo, Luke.

—No —dijo Luke.

No me eché a llorar, pero me puse triste. Además, Luke me hizo rabiar.

—Tú quieres a Alicia Small —dijo—. Eres un crío.

Era verdad. Quería a Alicia Small, pero la manera de hablar de Luke me dió rabia.

Me sentía triste y solo. Cierto que quería a Alicia Small; ¿pero es que yo había conseguido jamás alguna cosa de las que quería? ¿Salía una vez siquiera a pasear con ella? ¿Le cogía acaso de la mano y le decía que la quería mucho? ¿La llamaba jamás por su nombre, como me hubiera gustado llamarla, para que ella supiera cuanto significaba para mí? No, todo esto me asustaba demasiado. Ni siquiera tenía el valor de mirarla mucho rato seguido. Alicia me daba miedo por lo linda que era, y cuando Luke habló de aquel modo, me dió rabia.

—Eres un hijo de mala madre, Luke —le dije—. Eres un cochino bastardo. —No encontré cosas peores que decirle entre las malas palabras que había oído decir a los chicos mayores, de modo que me eché a llorar.

Me creía un infame por haber dicho todo aquello a mi propio hermano.

Por la noche le dije que me arrepentía.

—No me vengas tomándome el pelo —dijo Luke—. Con palos o con piedras podrán partirme un hueso, pero lo que es el que me insulta, me deja tan fresco.

—Jamás te tiré piedras ni te di palos, Luke —dije.

—Pero me has insultado.

—No tenía esa intención, Luke —dije—. De veras que no la tenía. Tú dijiste que quería a Alicia Small.

—Y es verdad —dijo Luke—. Ya sabes que es verdad. Todo el mundo lo sabe.

—Yo no —dije—. Yo no quiero a nadie.

—Quieres a Alicia Small —dijo Luke.

—Eres un hijo de mala madre —volví a decirle.

Papá me oyó.

Estaba en la salita leyendo un libro. Se levantó y vino a nuestro cuarto, el de Luke y mío. Yo me eché a llorar.

—¿Qué es eso, jovencito? —dijo—. ¿Cómo acabas de llamar a tu hermano?

—Palos y piedras —empezó a decir Luke.

—Déjate de eso —dijo papá—. ¿Por qué estás siempre haciendo rabiar a Mark?

—Yo no le hacía rabiar —dijo Luke.

—Sí que me hacía rabiar —exclamé yo—. Dijo que yo quería a Alicia Small.

—¿Alicia Small? —repitió papá.

Jamás había oído hablar de Alicia Small. Ni siquiera sabía que existiese.

—¿Quién es esa Alicia Small? —preguntó.

—Es una chica que viene a mi clase —dije yo—. Su padre es el predicador de nuestra iglesia. Cuando sea mayor será misionera. Nos lo ha dicho delante de toda la clase.

—Dile a Luke que te arrepientes de haberle insultado —dijo papá.

—Me arrepiento de haberte insultado, Luke —dije.

—Luke —prosiguió papá—, di a Mark que te arrepientes de haberle hecho rabiar con lo de Alicia Small.

—Me arrepiento de haberte hecho rabiar con lo de Alicia Small —dijo Luke.

Pero yo sabía bien que él no estaba arrepentido. Yo sí que lo estaba cuando decía que lo estaba, pero sabía que él no estaba arrepentido aunque lo dijera. Lo decía sólo porque papá le había mandado que lo dijera.

Papá volvió a su lectura en la salita. Antes de sentarse, nos dijo:

—Quiero que os ocupéis de cosas serias y que no os molestéis el uno al otro. ¿Entendido?

—Sí, papá —dijo Luke.

Entonces cogimos cada uno un ejemplar del *Saturday Evening Post* y nos pusimos a mirar las ilustraciones. Luke no quería ni siquiera hablarme.

—¿Me dejaréis subir al zepelín? —le pregunté.

Luke iba volviendo las páginas de la revista y no me contestaba.

—¿Ni siquiera una vez?

A medianoche me desperté y empecé a pensar en aquello de subir en un zepelín.

—Luke —dije.

Al fin se despertó.

—¿Qué quieres?

—Luke —dije—. ¿Me dejarás subir al zepelín cuando te lo manden de Chicago?

—No —contestó.

Todo eso ocurrió la semana pasada.

Ahora íbamos a la Escuela Dominical.

—No te olvides —dijo Luke—. Echa el cupro, Mark.

—Y tú también —contesté.

—Tú tienes que hacer lo que te han dicho —dijo Luke.

—También yo quiero un zepelín.

—¿Quién te ha contado nada de un zepelín? —preguntó Luke.

—Si tú no echas tu cupro —le dije— yo tampoco echo el mío.

Daba la impresión de que Margarita no nos oía siquiera. Iba andando, andando, mientras Luke y yo discutíamos sobre el zepelín.

—Te daré la mitad, Luke —dije—, si me dejas subir.

—Ernesto West ya me da su mitad —dijo Luke—. Somos socios. Ocho semanas más —añadió— y el zepelín llegará de Chicago.

—Muy bien —dije—. No me dejes subir. Algún día te arrepentirás, cuando me veas dar la vuelta al mundo con mi lancha.

—Poco me importa —dijo Luke.

—Por favor, Luke —insistí—, déjame subir al zepelín. Yo te dejaré dar la vuelta al mundo en mi lancha.

Ernesto West y su hermana Dorotea estaban enfrente de la iglesia cuando llegamos nosotros. Margarita y la hermana de Ernesto se fueron al cementerio de la iglesia, y yo, Luke y Ernesto nos quedamos en la acera.

—*Polka eskos* —dijo Ernesto a Luke.

—*Immel* —dijo Luke.

—¿Qué quiere decir esto, Luke? —pregunté.

—No puedo decírtelo —contestó Luke—. Es nuestro lenguaje secreto.

—Dime qué significa, Luke —dije—. No se lo contaré a nadie.

—No —dijo Ernesto.

—*Effin ontur* —le dijo a Luke.

—*Garic hopin* —contestó Luke, y los dos se echaron a reír.

—*Garic hopin* —repitió Ernesto riendo.

—Dímelo, Luke —insistí—. Te prometo que nunca jamás diré a nadie lo que significa.

—No —dijo Luke—. ¿Por qué no inventas tú también un lenguaje secreto? Nadie te lo quita.

—Es que no sé cómo inventarlo —dije.

Sonó la campana de la iglesia, entramos y nos sentamos. Luke y Ernesto se sentaron juntos. Luke me dijo que me retirara de ellos. Me senté en la fila detrás de ellos, que era la última. En la primera fila estaba Alicia Small. Su padre, maestro predicador, bajó por el pasillo y luego subió a su despacho. Allí era donde preparaba sus sermones. Era un hombre alto que sonreía a todo el mundo antes y después del sermón, pero mientras estaba diciendo el sermón no se reía ni a tiros.

Cantamos algunas canciones. Luego Ernesto West propuso cantar «En la Cruz», pero él y Luke lo cantaron con esta letra: *En el bar, en el bar, donde es tan dulce fumar, y mientras el dinero se va a las manos del cajero.*

Luke y Ernesto West me dieron envidia. Sabían divertirse hasta en la iglesia. De cuando en cuando Ernesto miraba a Luke y decía *arkel ropper*, y Luke contestaba *haggid ossum*, y entonces los dos tenían que hacer grandes esfuerzos para no soltar el trapo. Así se contenían hasta que se ponían todos a cantar, y entonces venía para ellos el momento de hablar su lenguaje secreto. Yo me sentía muy triste al no participar en aquel juego tan divertido.

—*Arkel ropper* —dije yo—, y traté de ver la gracia que tenían aquellas palabras, pero no les encontré ninguna. Era terrible no saber lo que significaba *arkel ropper*. Podía imaginarme que era la cosa más graciosa del mundo, pero ignoraba qué quería decir. *Haggid ossum*, dije, pero lo único que logré fué entristecerme más. Algún día inventaría el lenguaje más gracioso del mundo y no les descubriría a Luke ni a Ernesto West el significado de las palabras. Cada una de ellas me procuraría la felicidad y yo no hablaría nunca ya otro lenguaje. Sólo yo y otra persona en todo el mundo conoceríamos *mi* lenguaje secreto. Alicia Small. Únicamente Alicia Small y yo. *Ohber linten*, le diría yo a Alicia, y

ella sabría el maravilloso significado de estas palabras, y me miraría y sonreiría, y mientras yo le cogería la mano y acaso la besara.

Entonces Harvey Gillis, nuestro inspector, subió a la plataforma y nos habló de las misiones presbiterianas a las que nosotros ayudábamos en muchos países extranjeros y paganos del mundo.

—En el África del Norte, mis queridos jóvenes —dijo con voz chillona—, nuestros pastores del Señor obran milagros cada día en nombre de Jesús. Al indígena salvaje se le enseña el Santo Evangelio y una vida piadosa, y la luz del Señor penetra las más negras honduras de la ignorancia. Regocijémonos todos y recemos.

—*Umper gamper* Harvey Gillis —dijo Luke a Ernesto.

Luke apenas pudo contener la risa.

Yo me sentía muy solo.

¡Si al menos hubiera sabido lo que ellos sabían! «*Umper gamper* Harvey Gillis». ¡Podía significar tantas cosas acerca de nuestro inspector! Era un tipo afectado que hablaba con voz muy chillona y parece que nadie, exceptuando tal vez a Alicia Small, creía una palabra de cuanto decía.

—Nuestros nobles batalladores están curando a los enfermos —prosiguió—. Sacrifican su vida y su cuerpo preparando al mundo para el segundo advenimiento del Señor. Divulgan su verdad en los extremos más lejanos de la tierra. Oremos por ellos. ¿Quiere rezar la señorita Valentina?

¿Que si quería rezar? No había estado esperando otra cosa en toda la semana.

La señorita Valentina se levantó del banquillo del órgano, se quitó los lentes y se frotó los ojos. Era una cuarentona delgaducha que tocaba el órgano en nuestra iglesia. Tocaba como si estuviera rabiosa contra alguien y quisiera vengarse, dando tremendos golpes a las teclas y volviéndose cada dos por tres para dirigir una rápida mirada a la congregación. Daba la impresión de que le tenía odio a todo el mundo. Yo sólo me quedé al sermón dos veces en mi vida,

pero las dos veces hizo lo mismo, y de cuando en cuando asentía con aire de enterada ante ciertas palabras del predicador, como si fuera la única persona en toda la iglesia que comprendiera lo que significaban.

La señorita Valentina se levantó para rezar por los heroicos misioneros del África sombría y de otros lugares paganos del mundo.

—*Exel sorga* —dijo Ernesto a Luke.

—Tú lo has dicho —contestó Luke—, y aun te quedas corto.

—Señor Todopoderoso y Clemente —rezó la señorita Valentina—: nos hemos desviado de Tu senda como ovejas descarriadas.

Y otras cosas por el estilo.

A mi entender todo aquello debía referirse a los nobles batalladores, pero resultó que lo que decía la señorita Valentina era sobre el descarriarse y hacer cosas malas en vez de hacerlas buenas. Su oración, además, fué muy larga.

Hasta llegué a pensar que Harvey Gillis iba a tocarle en el brazo para que abriera los ojos y decirle: «Bastará ya por hoy, señorita Valentina». Pero no lo hizo. Yo abrí los ojos en cuanto ella empezó a rezar. Se entendía que debía estarse uno con los ojos cerrados, pero yo siempre los abría para ver lo que estaba pasando en la Iglesia.

En realidad no pasaba nada. Todas las cabezas estaban inclinadas, excepto la de Luke, la de Ernesto y la mía, y Luke y Ernesto seguían diciéndose en voz baja cosas graciosas en lenguaje secreto. Veía la cabeza de Alicia Small más inclinada que ninguna, y yo dije: «¡Señor! Permite que algún día hable a Alicia Small en un lenguaje secreto que nadie más entienda en el mundo».

—Amén.

La señorita Valentina acabó por fin de rezar, y nosotros nos dirigimos al rincón de la iglesia en que los muchachos, desde los siete a doce años, estudiaban la Biblia y depositaban su óbolo en el cestillo.

Luke y Ernesto volvieron a sentarse juntos y me dijeron que me retirase. Yo me senté detrás de Luke para ver si echaba el cupro en la bandeja. Todos los domingos nos daban a cada uno un ejemplar de un periódico, que editaba la Escuela, que se titulaba *El Mundo Infantil*. Hablaba de muchachos que se portaban muy bien con los ancianos, los ciegos y los que no pueden valerse, y daba muy buenos consejos para hacer cosas. Yo y Luke intentamos hacer una vez una carretilla, pero nos faltó la rueda. Desde entonces ya no intentamos hacer nada. En la última página estaban los anuncios con grabados.

Nuestro profesor era Henry Parker. Era un tipo con gafas de cristales muy gruesos y granitos encarnados alrededor de la boca. Parecía enfermo y no le era simpático a nadie. Es más, creo que a nadie le simpatizaba siquiera la idea de ir a la Escuela Dominical. Nosotros teníamos que ir porque papá decía que, en todo caso, nos haría menos mal que bien. «Más tarde —decía—, cuando ya seáis mayores, podréis hacer lo que os parezca. Pero por el momento es una buena disciplina».

—Tienes razón —decía mamá.

Por eso íbamos. Acaso nos acostumbramos a la Escuela Dominical, porque nunca pedimos no ir a ella. Pocas cosas, si no, podía uno hacer los domingos por la mañana. Ernesto West tenía también que ir y me parece que por eso Luke no intentó nunca escabullirse. Siempre le quedaba el consuelo de hablar el lenguaje secreto con Ernesto West y de reírse de todo el mundo.

La historia de la Biblia que estudiábamos era la de José y sus hermanos, José el de la túnica de brillantes colores, y luego de pronto toda la clase empezó a hablar de cine.

—Ajá —dijo Luke a Ernesto West.

—Ahora —dijo Henry Parker— quiero que cada uno de vosotros exponga una buena razón por la que no se debe ir al cine.

En la clase éramos siete.

—En el cine —dijo Pat Carrico— aparecen mujeres desnudas que bailan. Por eso no debemos ir.

—Muy bien —dijo Henry Parker—: sí, es una buena razón.

—En el cine vemos bandidos que matan a la gente —dijo Tommy César— y esto es pecado.

—Muy bien —asintió el profesor.

—Sí —dijo Ernesto West—, pero la policía siempre acaba con los bandidos, ¿no? Al final siempre les dan su merecido. Por lo tanto, no es una razón.

—Sí que lo es —dijo Tommy César—. El cine nos enseña a robar.

—Me siento inclinado al parecer de César —dijo Henry Parker—. Sí —añadió— eso es un mal ejemplo.

—Bueno, está bien —dijo Ernesto West.

Miró con intención a Luke y ya iba a decirle algo en lenguaje secreto, pero no tuvo necesidad de decírselo, porque Luke ya estaba riéndose fuerte y entonces Ernesto se rió también con él. Daba la impresión de que Luke sabía ya lo que le iba a decir Ernesto, y debía de ser algo muy gracioso porque los dos se desternillaban de risa.

—¿Qué es eso? —preguntó nuestro profesor—. ¿Riéndose en la Escuela Dominical? ¿De qué os reís vosotros dos?

«Voy a decírselo yo —pensé—. Voy a decirle que tienen un lenguaje secreto».

Luego decidí no decírselo. Lo hubiera echado todo a perder. ¡Era un lenguaje tan gracioso! No quería echarlo a perder aun cuando yo no comprendiera una palabra.

—De nada —dijo Luke—. ¿Es que no puede uno reírse?

Entonces le tocó el turno a Jacobo Hyland. Jacobo era el muchacho más tonto del mundo. No se le ocurría nunca nada. Era incapaz de decir cualquiera respuesta que fuese. Ni siquiera podía imaginarla.

—Veamos —dijo míster Parker—, tú nos vas a decir ahora por qué no deberíamos ir al cine.

—No sé por qué —dijo Jacobo.

—Vamos, vamos —dijo míster Parker—, estoy seguro de que tienes que saber alguna buena razón para no ir al cine.

Jacobo empezó a pensar. Quiero decir que empezó a mirar todo alrededor por la habitación, luego se miró los pies, después miró al techo, mientras todos nosotros esperábamos el resultado de sus cavilaciones.

Así estuvo pensando mucho rato. Luego dijo:

—Me parece que no sé por qué, míster Parker. ¿Por qué? —dijo.

—Soy yo quien te pregunta a ti —dijo el profesor—; yo ya sé por qué, pero quiero que tú también lo sepas por ti mismo. Vamos, dame una razón, Hyland.

Jacobo empezó a pensar de nuevo, y todos nosotros nos sentimos molestos con él. Cualquiera podía encontrar una razón por pequeña que fuese, cualquiera menos un estúpido como Jacobo. Nadie sabía por qué era tan estúpido. Era el mayor de todos. Se rebulló en la silla y luego se hurgó la nariz, se rascó la cabeza y miró a míster Parker como le mira un perro a alguien con quien quiere hacer amistad.

—Bueno, ¿qué dices? —preguntó el profesor.

—Francamente —dijo Jacobo—, no sé por qué no deberíamos ir al cine. Yo, por mi parte, no suelo ir mucho.

—Pero habrás ido una vez por lo menos, ¿no? —dijo el profesor.

—Sí, señor —contestó Jacobo—, más de una vez, pero me olvido en seguida de las películas. No me acuerdo.

—Seguramente —dijo el profesor— recordarás alguna cosita del cine que sea un mal ejemplo y una buena razón para que nunca vayamos a él.

De repente el rostro de Jacobo se iluminó con una amplia sonrisa.

—Ya lo sé —dijo.

—Veamos —dijo el profesor.

—Nos enseña a tirarle pasteles de flan a nuestros enemigos y a dar puntapiés a las señoras y salir corriendo.

—¿Eso es todo lo que recuerdas? —dijo míster Parker.

—Sí, señor —dijo Jacobo.

—Esto no es una razón —dijo Ernesto West—. ¿Por qué ha de ser una mala acción tirar pasteles de flan?

—Porque le caen a uno encima —dijo Jacobo, echándose a reír—. Sólo hay que ver cómo se escurren luego por la cara.

—Lo que desde luego no está bien es darle puntapiés a una señora —dijo míster Parker—. Muy bien, Hyland. Ya sabía yo que encontrarías una buena razón si lo pensabas con cuidado.

Entonces le tocó el turno a Nelson Holgum.

—Porque es caro —dijo—. Cuesta demasiado dinero.

—En el «Bijou» sólo cuesta un cupro —dije yo—. Ésta no es razón.

—Con un cupro se puede comprar un pan —dijo Nelson—. Un cupro es mucho dinero en estos tiempos.

—Es cierto —dijo míster Parker—. Es una razón excelente. Hay maneras mucho más dignas de gastar el dinero. Si nuestros jóvenes dejaran de ir al cine y destinaran el dinero a las misiones, imaginad el tremendo progreso que se conseguiría en un año tan sólo. Es más, con el dinero que se gasta anualmente en diversiones tan frívolas como el cine, podríamos convertir el mundo entero al Cristianismo.

Míster Parker hizo una señal a Ernesto West.

—El cine nos enseña a estar descontentos con lo que tenemos —dijo Ernesto—. Vemos a la gente pasear en automóviles lujosos y vivir en casas magníficas y sentimos celos.

—Envidia —dijo míster Parker.

—Deseamos todas esas cosas —prosiguió Ernesto— y como sabemos que no podemos conseguirlas porque no tenemos dinero, nos ponemos de mal humor.

—Es una razón espléndida.